

## II CAPÍTULO PROVINCIAL



**MISIONEROS CLARETIANOS**

**PROVINCIA DE SANTIAGO**

Queridos amigos.

Buenos días.

Nos encontramos en el comienzo de este IIº Capítulo Provincial de nuestra Provincia de Santiago.

Me vais a permitir una primera imagen, la de la afinación de una orquesta.

Como sabemos, la afinación de una orquesta es casi un ritual que comienza cuando el concertino se pone en pie. En ese momento los músicos dejan de hablar y da comienzo el ensayo. El primer oboe toca un La, por el cual el concertino afina su segunda cuerda (hay orquestas en las que los vientos afinan primero). Es el oboe el encargado de dar el tono porque es el instrumento que técnicamente es más capaz de dar un sonido absolutamente estable. El oboe tiene la responsabilidad de haber afinado antes su instrumento con la referencia de un afinador electrónico.

A partir de aquí, el concertino va ofreciendo su La al resto de las cuerdas, normalmente por grupos. Solo se afina la cuerda La y no el resto, para no molestar y que cada uno tenga en su instrumento una cuerda perfectamente afinada. Es el concertino quien da la referencia porque el timbre de su violín es más similar al del resto de instrumentos de cuerda que el del oboe, y eso hace más fácil para los demás afinar por él.

A continuación, el oboe vuelve a tocar un La para los vientos, primero maderas y a continuación metales y percusión.

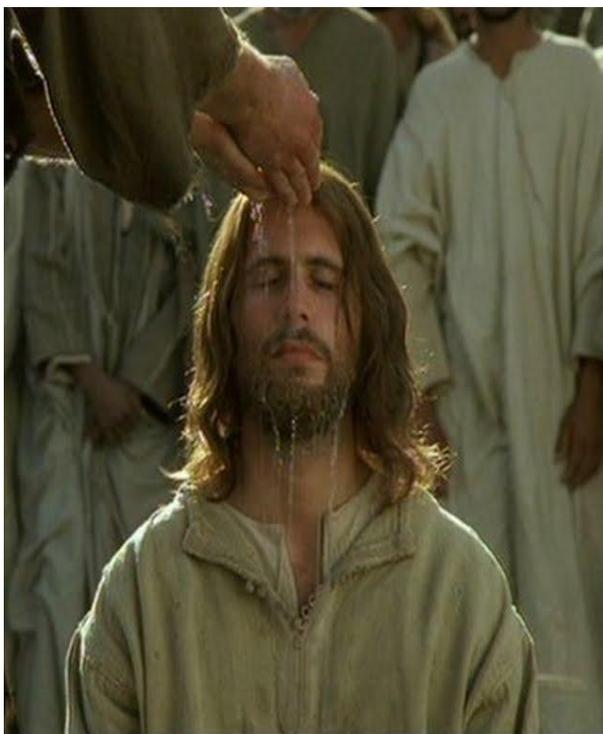
Por último, el concertino se sienta y los instrumentos de cuerda afinan el resto de cuerdas que aún no habían afinado. El arpa y los instrumentos de teclado se tienen que afinar antes, usando como referencia un afinador electrónico.

En orquestas menos profesionales, algunos músicos (especialmente los vientos, que acaban de afinar antes que el resto) necesitan que alguien les recuerde que "afinar" no significa "encontrar el La y ponerse a repasar los pasajes difíciles mientras los violines ajustan todas sus cuerdas. Su silencio permitirá que los más lentos no tengan problemas para oírse entre todo el ruido y puedan afinar bien sus instrumentos y también facilitará que, en cuanto terminen, el director pueda comenzar el ensayo sin dilación, lo que ayudará a crear un ambiente de trabajo eficiente.

Si los músicos no han tenido acceso al local antes de empezar a afinar, los instrumentos tardarán un tiempo en ajustarse a la diferencia de temperatura y humedad. Las cuerdas ganan tensión al contraerse y se suben con el frío. Los vientos, en cambio, suenan bajos cuando están fríos, pero van subiendo la afinación a medida que adoptan la temperatura del cuerpo del músico a través de su aire. Por ello es importante que los músicos puedan calentar antes de empezar el ensayo.

Por lo tanto, pues, la afinación de la orquesta sinfónica toma como referencia al oboe por su calidad del sonido, que proyecta más, es un sonido enfocado y penetrante. La razón por la que se afina en La es porque es un tono medio (no muy agudo, ni muy grave) y se encuentra dentro del rango de todos los instrumentos de la orquesta. Un detalle que conviene tener en cuenta es que la afinación suele variar dependiendo de en qué lugar del mundo uno se encuentre. En América afinan en LA 440 mientras que en muchos lugares de Europa se afina en LA 442 y algunos instrumentos antiguos algunos afinan en 439. Es una diferencia mínima, pero audible. Cuando no hay oboe en la orquesta para afinar entonces el que afina es el concertino (1er violín), y si se tocará algo con piano entonces el oboe toma el LA de la afinación del piano.

Hasta aquí la imagen. Vale hasta donde nos vale. Me sirve para deciros que esta mañana de retiro se trata de afinar nuestros instrumentos, es decir, nuestros ánimos, corazones, voluntades para interpretar correctamente la partitura bajo la batuta del director de nuestra orquesta, el Espíritu Santo. Comenzamos por invocarle a Él con esta oración del Cardenal Vernier.



Oh Espíritu Santo,  
Amor del Padre, y del Hijo,  
inspírame siempre lo que debo pensar,  
lo que debo decir,  
cómo debo decirlo,  
lo que debo callar,  
cómo debo actuar,  
lo que debo hacer,  
para gloria de Dios,  
bien de las almas  
y mi propia santificación.  
Espíritu Santo,  
dame agudeza para entender,  
capacidad para retener,  
método y facultad para aprender,  
sutileza para interpretar,  
gracia y eficacia para hablar.  
Dame acierto al empezar,  
dirección al progresar  
y perfección al acabar.  
Amén.

## Obertura

Me vais a permitir que abra este espacio musical con una obertura. Como sabemos la obertura musical es la introducción instrumental de una obra. La obertura se relaciona de algún modo con obra musical que se desarrolla a continuación. De alguna manera la obertura establece el perfil emocional de la obra que sigue y viene a realizar como un breve repaso de la acción dramática de la trama que después se va a desarrollar en toda la obra. Vamos con la obertura. Y os propongo que nos detengamos en este texto que tenemos a continuación: **Éxodo 33, 12-23**.

Moisés dijo al Señor:

–Mira, tú me pides que yo dirija a este pueblo, pero no me dices a quién vas a enviar conmigo. También dices que tienes mucha confianza en mí y que me he ganado tu favor. Pues si esto es cierto, hazme saber tus planes, para que yo pueda tener confianza en ti y pueda seguir contando con tu favor. Ten presente que este pueblo es tu pueblo.

–Yo mismo te acompañaré y te haré descansar –dijo el Señor.

Pero Moisés le respondió:

–Si tú mismo no vas a acompañarnos, no nos hagas salir de aquí. Porque si tú no nos acompañas, ¿de qué otra manera podrá saberse que tu pueblo y yo contamos con tu favor? Solo así, tu pueblo y yo podremos distinguarnos de los demás pueblos de la tierra.

–Esto que has dicho también lo voy a hacer, porque tengo confianza en ti y te has ganado mi favor – le afirmó el Señor.

–¡Déjame ver tu gloria! –suplicó Moisés.

Pero el Señor contestó:

–Voy a hacer pasar toda mi bondad delante de ti, y delante de ti pronunciaré mi nombre. Tendré misericordia de quien yo quiera, y tendré compasión también de quien yo quiera. Pero te advierto que no podrás ver mi rostro, porque ningún hombre podrá verme y seguir viviendo.

Dijo también el Señor:

–Mira, aquí junto a mí hay un lugar. Ponte de pie sobre la roca. Cuando pase mi gloria, te pondré en un hueco de la roca y te cubriré con mi mano hasta que yo haya pasado. Después quitaré mi mano, y podrás ver mis espaldas; pero mi rostro no debe ser visto.

Yo no soy exegeta. A decir verdad, es una de las tantas y tantas cosas que no soy. Hace año leí en un libro una interpretación que entonces me pareció original y muy sugerente de este pasaje bíblico en el que Dios se niega a mostrarle su rostro a Moisés y solamente le permite ver su espalda. El libro lo explicaba así: lo que Dios quiere decir a Moisés es que debe ponerse a las espaldas de Dios y mirar las cosas y el mundo en la misma dirección que Dios, con la mirada de Dios, como Dios lo mira, es decir, desde su perspectiva. Si miramos a Dios de frente, la mirada de Dios y la nuestra se cruzan, ciertamente, pero Él y nosotros miramos en dirección contraria, o nosotros miramos el mundo en la dirección contraria, con nuestra mirada, no con la mirada de Dios, es decir, desde nuestra perspectiva. Si nos colocamos a la espalda de Dios, miraremos al mundo en la misma dirección, con la mirada de Dios.

Seguramente esta interpretación sea demasiado atrevida y algunos exegetas profesionales se sientan a disgusto con ella. Pero puede ser una interpretación válida como exégesis alegórica. Al menos es una definición imaginativa y plástica de lo que debe significar la “contemplación” en la vida cristiana. Consiste en mirar las cosas, las personas, el mundo, la historia... con una mirada de fe, con los ojos de Dios y en la misma dirección en que Dios mira.

Creo que un Capítulo Provincial, y estamos al comienzo del nuestro, puede ser una ocasión oportuna, propicia, para caer en la cuenta una vez más de ello. Me decía un profesor mío “Joseba, todo punto de vista... es la vista de un punto”. A la hora de poner todos, individual y comunitariamente, en estado de contemplación será conveniente afinar nuestros sentidos para contemplar todo en Dios y a Dios en todo. Y contemplar, además, desde Dios.

Yo uno esta perspectiva con un texto muy conocido (quizá incluso estudiado, orado, trabajado) que tenéis a continuación y que os propongo en esta obertura. Es una parte del número 20.e dedicado al discernimiento comunitario y que se encuentra en la **Instrucción “Faciem tuam, Domine, requiram”** dedicada al servicio de la autoridad y de la obediencia.

Algunas veces, cuando el derecho propio lo prevé o cuando lo requiere la importancia de la decisión a tomar, se confía la búsqueda de una respuesta adecuada al discernimiento comunitario, en el cual se trata de escuchar lo que el Espíritu dice a la comunidad (cf. Ap 2, 7).

Si este discernimiento se reserva para las decisiones más importantes, el espíritu del discernimiento debería caracterizar todo proceso de toma de decisiones que tenga que ver con la comunidad. En ese caso, antes de tomar la decisión correspondiente, nunca debería faltar un tiempo de oración y de reflexión personal, así como una serie de actitudes importantes para elegir juntos lo que sea justo y agradable a Dios. He aquí algunas de ellas:

– la determinación de no buscar más que la voluntad divina, dejándose inspirar por el modo de obrar de Dios manifestado en las Sagradas Escrituras y en la historia del Instituto, siendo bien conscientes además de que con frecuencia la lógica evangélica «trastorna» la lógica humana, que busca el éxito, la eficiencia, el reconocimiento;

- la disponibilidad a reconocer en cada hermano la capacidad de conocer la verdad, aunque sea parcialmente, y por lo mismo aceptar su parecer como mediación para descubrir juntos la voluntad de Dios, llegando incluso a valorar las ideas de otros como mejores que las propias;
- la atención a los signos de los tiempos, a las expectativas de la gente, a las exigencias de los pobres, a las urgencias de la evangelización, a las prioridades de la Iglesia universal y de la particular, a las indicaciones de los Capítulos y de los superiores mayores;
- el estar libres de prejuicios, de apegos excesivos a las propias ideas, de esquemas de percepción rígidos o distorsionados, de alineamientos que exasperan la diversidad de puntos de vista;
- la valentía para dar razón de las propias ideas y posiciones, pero al mismo tiempo abrirse a nuevas perspectivas y modificar el propio punto de vista;
- el firme propósito de mantener siempre la unidad, sea cual sea la decisión final.

El discernimiento comunitario no sustituye la naturaleza y el papel de la autoridad, a la cual está reservada la decisión final; ahora bien, la autoridad no puede ignorar que la comunidad es el lugar privilegiado para reconocer y acoger la voluntad de Dios. En cualquier caso, el discernimiento es uno de los momentos más significativos de la fraternidad consagrada; en él resalta con particular claridad la centralidad de Dios en cuanto fin último de la búsqueda de todos, así como la responsabilidad y aportación de cada uno en el camino de todos hacia la verdad.

Hasta aquí el texto. **Contemplar y discernir**. Creo que éste es un primer ejercicio para esta mañana de retiro en nuestro Capítulo Provincial y acompañados, estoy seguro que sí, por la oración de todos los miembros de nuestra Provincia de Santiago y de nuestra Congregación. Nos acompaña en la ejecución de esta obra el director de nuestra orquesta, el Espíritu Santo.

Para el tiempo personal quizá puede valer el ejercicio de lectura, reflexión y oración que os propongo a continuación: **condiciones para poder discernir**.

### **Condiciones personales.**

#### **a.- Una actitud de pobreza y libertad interior:**

Que crea un desprendimiento de todo apego, prejuicio y apasionamiento. El desprendimiento de la autosuficiencia, del ánimo de imponer y del temor de ser vencido; el desprendimiento de todo aquello que pudiera nublar la visión objetiva de la Historia de la Salvación.

Supone:

- .. La decisión de hacer efectivamente lo que se descubra.
- .. La certeza de que Dios no se esconde al que lo busca con un corazón sincero.
- .. Confianza en mis hermanos a través de los cuales Dios se me manifestará.

Incluye, además, algo que trasciende toda elección concreta, manteniéndonos eternamente jóvenes, dispuestos siempre a una elección mayor, más allá de la elección ya hecha. Es una disponibilidad total ante la llamada de Dios que en cualquier momento puede hacernos sentir su llamada y sus exigencias.

### **b.- Un clima de oración que crea la libertad interior:**

Se ora para crecer progresivamente en pobreza y libertad interior, para ver con una mirada guiada por el Espíritu Santo.

Solo un espíritu de oración nos hará pobres y libres interiormente, condición para discernir de verdad.

### **c.- Situarse en una perspectiva de fe:**

Situarse en un clima de fe que nos haga capaces de rastrear y descubrir la presencia y la acción de Dios en la trama de los acontecimientos humanos, en la historia de nuestra propia vida y nos permita interpretar su Palabra y aceptar sus exigencias.

El discernimiento sólo es posible en un contexto de fe personal y comunitaria que nos revela el designio de Dios encarnado en Jesucristo. ¿Cuáles fueron los criterios de “opción fundamental” del Señor? Jesús escoge el camino del Siervo de Yahvé. Desde entonces, para nosotros, misioneros claretianos, no podrá existir nunca otro camino.

### **d.- Dios quiere la cooperación del hombre:**

Supone que por la asidua contemplación evangélica adquirimos la mentalidad humana de Cristo que nos familiariza con su manera de ver y obrar.

### **Condiciones para el Discernimiento Comunitario.**

Es necesario un “umbral mínimo” de convivencia, de integración y de diálogo para que se desarrolle el proceso.

Un rodaje previo a nivel de inter-comunión y de equilibrio. Se supone, pues, que hay cierta madurez psicológica personal y comunitaria; que el grupo es sano.

**1.- Autenticidad frente al otro:** Es necesario que cada uno tenga la valentía de ser él mismo, sin refugiarse, más o menos sutilmente, detrás de un personaje. Supone un clima de confianza; presentarme como soy y permitirle al otro ser él mismo.

**2.- Veracidad en la expresión:** Que todos los miembros digan libremente lo que piensan, lo que experimentan y lo que proyectan.

**3.- Escuchar pacientemente hasta los silencios:** A veces los silencios pueden ser más expresivos que las palabras. Hay quien escucha mal porque está más preocupado en seguir su propio razonamiento que el del otro o porque está ocupado continuamente en poner objeciones o defenderse. Es un escuchar activo, desde el punto de vista del otro para comprenderle desde dentro, en un clima de amistad compartida.

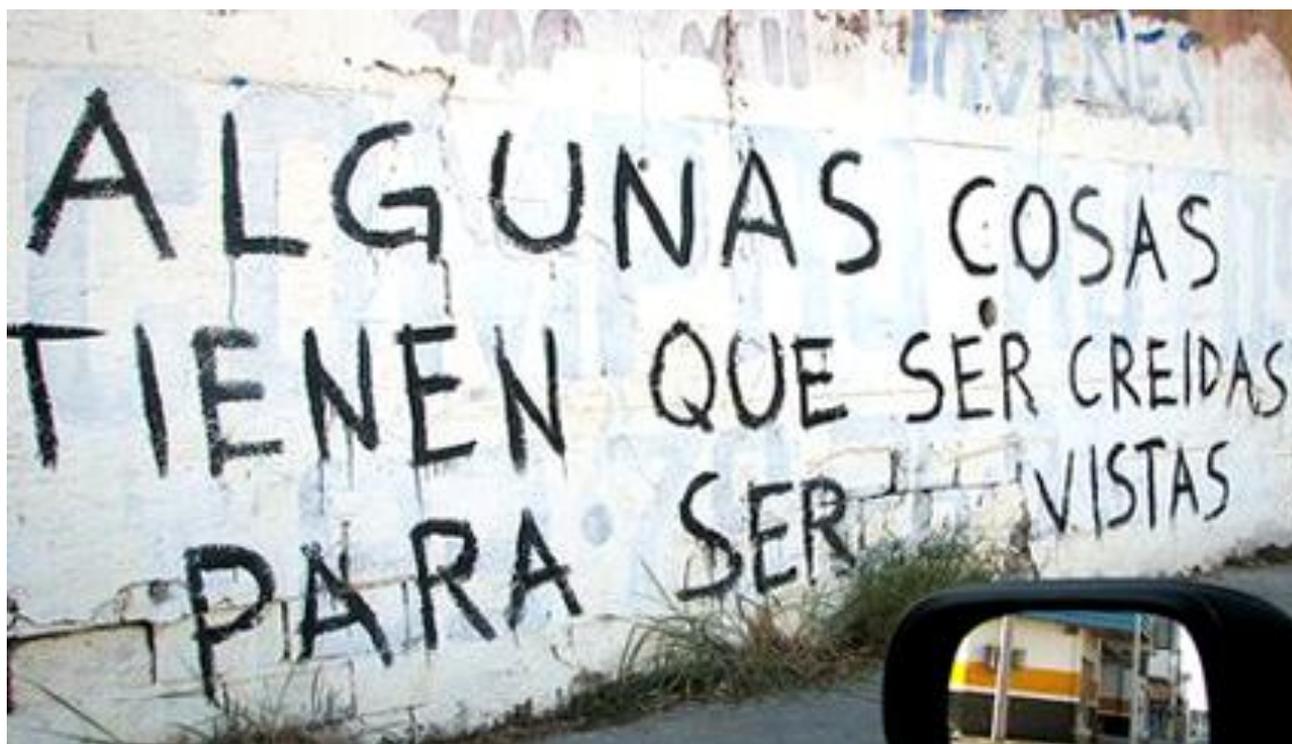
**4.- Querer comunicar:** Hay que aceptar exponerse al conocimiento del otro y a la vulnerabilidad propia sin espantarse y mucho menos abatirse. La verdad del otro ilumina zonas de nuestro interior que no nos gusta ver descubiertas.

**5.- Estar persuadidos de que nadie debe monopolizar la verdad:** Nuestra visión es casi siempre fragmentaria y pobre. Necesita completarse e incluso corregirse en la visión de los demás. Cualquier método fracasa si no existe una adecuada ambientación a nivel personal o comunitario.

**Conclusión:**

**Antes de iniciar un Discernimiento Comunitario:**

- Un consentimiento unánime en cuanto al fin que se deseaba alcanzar.
- Una decisión clara de querer discernir.
- Una diversidad de pareceres para conseguir el fin.
- Una decisión de discernir dentro de los fines específicos de nuestra Provincia de Santiago.
- Una determinación incuestionable de poner primordialmente la confianza en Dios.
- Una persuasión de que el tiempo de Dios no es nuestro tiempo. El Espíritu sopla donde quiere y cuando quiere. Las prisas y la precipitación hay que evitarlas.



## Andante

Hemos realizado la obertura y os propongo el siguiente movimiento: el andante. Un tiempo musical lento, casi a veces como un adagio. Diríamos entre adagio y moderado. Vamos a titular a este momento musical, nuestro segundo tiempo, con el versículo de un himno litúrgico: “**¿Qué ves en la noche, dinos centinela?**”. Y os propongo que nos detengamos en este texto que tenemos a continuación: **Ezequiel 33,1-9**.

“El Señor se dirigió a mí y me dijo: Tú, hombre, habla a tus compatriotas y diles: ‘Cuando yo envío la guerra a un país, su gente escoge a uno para ponerlo de centinela. Y cuando el centinela ve que los ejércitos enemigos se acercan al país, toca la trompeta y previene a la gente. Si alguien escucha el toque de trompeta y no le hace caso, y los enemigos llegan y lo matan, el culpable de su muerte es él mismo, porque oyó el toque de trompeta, pero no hizo caso; es culpable de su muerte, porque, si hubiera hecho caso, habría salvado su vida. Pero si el centinela ve llegar los ejércitos enemigos y no toca la trompeta para prevenir a la gente, y los enemigos llegan y matan a alguien, este habrá muerto por su pecado, pero yo pediré al centinela cuentas de su muerte.’ ‘Pues a ti, hombre, yo te he puesto como centinela del pueblo de Israel. Tú deberás recibir mis mensajes y comunicarles mis advertencias. Puede darse el caso de que yo pronuncie sentencia de muerte contra un malvado; pues bien, si tú no hablas con él para advertirle que cambie de vida, y él no lo hace, ese malvado morirá por su pecado, pero yo te pediré cuentas de su muerte. Si tú, en cambio, adviertes al malvado que cambie de vida, y él no lo hace, él morirá por su pecado, pero tú salvarás tu vida’”.

Este texto, como es bien sabido, tiene su correlato paralelo en el mismo Libro de Ezequiel: 3.16-21. He preferido situar el texto que quiero presentaros a vuestra oración y reflexión en su contexto más inmediato. El texto en cuestión es el siguiente: ***“Pues a ti, hombre, yo te he puesto como centinela del pueblo de Israel. Tú deberás recibir mis mensajes y comunicarles mis advertencias”***. Probablemente, y como he dicho antes, el contexto es más rico que el comentario que yo puedo compartir con vosotros sobre el texto que he elegido.

La Real Academia Española define la palabra “centinela” como “soldado que vela guardando el puesto que se le encarga” y como “persona que está observando algo”. Algunos sinónimos que he encontrado (seguramente habrá más y mejores) son los siguientes: *vigía, vigilante, atalayero, escucha, imaginaria, guardia, oteador, sereno, soldado*.

A la hora de intentar comentar este texto probablemente estoy muy influido por las películas del oeste a las que he sido muy aficionado y de las que he visto tantas y tantas. En no pocas de ellas aparece la figura del centinela en el campamento. Pero prefiero tener la imagen del centinela que aparece, por ejemplo, en el Libro de los Salmos: “Si el Señor no protege la ciudad, en vano vigila el centinela” (Salmo 127). “Mi alma cuenta con el Señor más que con la aurora, el centinela” (Salmo 130) “como confía en la aurora el centinela” (Salmo 130).

La imagen del centinela, unida a la actitud de la vigilancia y a ese momento del día que es la aurora (y, por lo tanto, a la noche) me resulta muy evocadora de sentido en este momento presente de nuestra Iglesia y en estas latitudes en las que estamos.

El centinela está despierto. Los demás, el resto del campamento, están o no están despiertos. Todos están en otros momentos o situaciones. Hay quien trabaja, hay quien se relaja y descansa, hay quien duerme. Pero el centinela está despierto. Sus sentidos tienen que luchar contra el lógico cansancio de la atención constante, continua. Y todo eso supone un esfuerzo por su parte. Quizá también contra los lazos tentadores del sueño. Está despierto. Sus facultades están centradas y concentradas en lo que está. Es decir, sus facultades y sentidos intentan no estar embotados, embebidos, distraídos, atontados en no se sabe qué otras historias... De su actitud de atención, vigilia y vigilancia depende, en no poca medida al menos, la salud de los demás, de los que están siendo velados. Esta actitud positiva de atención me resulta muy sugerente al comienzo de nuestro Capítulo Provincial.

Tengo para mí que, en bastante medida, nuestros sentidos y facultades están siendo bombardeados de tal manera (de un modo muy eficaz e intencionado todo hay, que decirlo) que acabamos viéndonos arrastrados a una sensación de aturdimiento y embotamiento constantes. En este sentido nos vemos no poco sino bastante debilitados y entorpecidos. No se trata de poner ni muchos ni diversos ejemplos. Seguramente no haría justicia en mi valoración. Pero ocurre no sólo a los adolescentes y jóvenes (con los cuales solemos ser, en nuestras valoraciones, un poco más críticos y perspicaces). También en los no tan jóvenes y en los adultos.

La experiencia de la vida me ha ido y me va enseñando (aunque no soy un buen estudiante del todo) que las cosas, aún las más ingenuas, inocentes, inofensivas que podamos pensar, no suelen ocurrir por azar y/o casualidad. De una o de otra manera bastantes cosas están siendo premeditadas y dirigidas desde otras instancias, no por no conocidas ni sabidas menos reales y verdaderas. Y quien controla o maneja todo ello sabe cómo y cuándo ser eficaz en su manejo y control.

“*Panem et circenses*”. Por si no recordamos el latín... “Pan y circo”. La práctica viene desde muy antiguo. La frase, al parecer, fue creada, allá por el siglo I de nuestra era, por un poeta romano llamado Juvenal y se encuentra en su *Sátira X* (81). Esta frase viene a describir aquella costumbre de los emperadores romanos de regalar trigo y entradas para los juegos circenses (carreras de carretas y otros) como forma de mantener al pueblo distraído de la política. Una forma, por lo tanto, de distraer y embotar la atención del pueblo entreteniéndolo y divirtiéndolo. No te será difícil crear la analogía entre pan y circo y otras prácticas en nuestra sociedad. No sé si estarás de acuerdo conmigo pero este ejercicio, bien ideado y mejor realizado, puede ser muy eficaz como maniobra de distracción...

Volvamos a la imagen del centinela que he comenzado a desarrollar. El centinela, hemos quedado, está despierto. Y está atento, no distraído. ¿Atento a qué? Pues, por de pronto, a lo que sucede y a lo que no sucede. A lo normal y a lo anormal. A lo ordinario y a lo extraordinario. Especialmente atento a lo que ve y a lo que oye: movimientos, ruidos, silencios,... Supone también la atención un ejercicio constante y continuado. Es un esfuerzo que reclama mucho, prácticamente todo, del centinela.

En el ejercicio de entretenimiento y de diversión del famoso “pan y circo” lo que se suele pretender y se trata de conseguir, de una o de otra manera (normalmente, claro está, no es confesable), es un ejercicio de distracción. O, si lo preferís, que las personas estemos tan atraídas y concentradas en tantas y tantas cosas (diversas, múltiples, divertidas, entretenidas) que no estemos a ninguna en concreto (por ejemplo el zapping) o que estemos, ni más ni menos, que despreocupados, relajados,..., casi como con apatía, indolencia, hastío (de tan saturados que estamos de tanto, tan diverso y múltiple, *input* de noticias, de deportes, de publicidad, de...).

El centinela mira. No solamente ve sino que mira. Lo cual quiere decir, en otras palabras, que fija la vista, observa, estima, tiene en cuenta, cuida, atiende... la realidad que tiene delante de él. Bien sabemos que no es lo mismo “mirar” que “ver”. “Mirar” supone un esfuerzo de atención que no supone el “ver” sin más. Y el centinela escucha. No solamente oye sino que escucha. La escucha supone, por lo menos, un aplicar atentamente el oído, un prestar la atención debida. Todo esto, y perdonad que me detenga en estos detalles, para intentar decir que los sentidos y las facultades de la atención (vista y oído) están en funcionamiento o, mejor aún, a pleno rendimiento (como solemos decir). Todo ello va en la línea de una mejor y más rápida capacidad de reacción llegado el momento en el que haya reaccionar, por ejemplo, dando la alarma.

En el ejercicio de distracción nos ocurre, al final de todo, que estamos cansados de tanto ver sin ver (paragonando, si me permitís, aquel himno litúrgico que conocemos). Envueltos en mil y una luces y mensajes que atraen y reclaman nuestra atención podemos ir por el mundo como ciegos ante lo que merece la pena mirar y sordos ante lo que merece la pena escuchar. La cantidad de imágenes y de sonidos es tal que, al final, ocurre que estamos saturados, y que solamente oímos y vemos, escuchamos y miramos, lo que otros quieren que oigamos y veamos, escuchemos y miremos.

Todo esto supone que el centinela, además de sus condiciones físicas (que sus facultades de audición y de visión estén bien) ha aprendido a mirar bien y a escuchar bien. No es baladí lo que estoy diciendo. Probablemente es la asignatura que dura o toda o gran parte de nuestra vida. ¿No es así? ¿O es que sabemos mirar bien? ¿O es que sabemos escuchar bien?

El centinela que, pongamos por ejemplo, está a la noche de vigilia, tiene que aprender a interpretar el sentido, el significado de lo que ve y de lo que oye, de lo que mira y de lo que escucha. Y para interpretar hace falta, por lo menos, un no menor aprendizaje de discriminar y distinguir entre unos sonidos y otros, entre unas visiones y otras. En una palabra, tiene que aprender a contemplar y a discernir para hacerse cargo de la situación, bien de tranquilidad (porque no hay amenazas), bien sea de precaución y de alarma (porque sí hay amenazas).

Probablemente (digo esto porque nunca he sido centinela en un campamento) no es lo mismo ser centinela durante el día que realizar esa labor durante la noche. Hasta puede ser que las diferencias sean tan evidentes que saltan a la vista ¿verdad? Lo mismo (o, al menos, parecido) a como que no son exactamente las mismas o, por lo menos, no en el mismo grado (y siempre en condiciones o situaciones normales), las condiciones para conducir durante el día a aquellas que puedan requerirse para conducir a la madrugada.

Tengo entendido, aunque no lo sé a ciencia cierta, que la noche de algunas personas especialmente enfermas, suele ser larga. La noche del centinela es más larga. Bueno, con el reloj en la mano tiene la misma duración que la noche del que duerme confortable y plácidamente “a pierna suelta” (que solemos decir). Pero, digámoslo así, el “*tempus*” no es el mismo. Sería mejor decir, entonces, que la noche del centinela se hace más larga (por mucho que haya sido una noche de vela tranquila, sin sobresaltos) que la noche del que ha dormido confortable y plácidamente. Mientras que el que ha dormido así, a pierna suelta, a lo mejor es sobresaltado-sorprendido con el toque de corneta a primera hora del alba, el que ha estado de vela (aunque ésta haya sido tranquila, sin alarmas) ansía y desea vivamente que llegue la aurora del nuevo día y los primeros rayos del sol comiencen a despuntar por el horizonte.

El centinela del campamento ha estado atento (porque de ello dependía la calma y la vida de sus compañeros de campamento). Y ha estado atento a lo que ocurría inmediatamente (en su entorno más inmediato) y a lo que ocurría a media y larga distancia. El centinela ha tenido tiempo para mirar y, voy a decirlo así, escudriñar y escrutar el horizonte. Porque la sorpresa y la amenaza, es verdad, pueden cernirse sobre el campamento desde lo inmediato y cercano, pero también desde lo distante y remoto. En cualquier caso, además de la atención cuidada, esmerada, ha tenido que leer e interpretar lo que estaba sucediendo con inteligencia.

El centinela en cuestión puede ver y oír, escuchar y mirar, lo que otros no pueden hacer. Y precisamente por eso y para eso está el centinela. Sus ojos y sus oídos están expuestos para mirar y escuchar lo que otros le han encomendado que mire y escuche. De hecho la vida de los otros, al menos en buena medida, está puesta en sus ojos y en sus oídos. Éstos son los ojos y oídos de todo el resto del campamento.

Bueno, hasta aquí una presentación, no sé si sugerente o no, de la imagen del centinela, intentando resaltar aquellos elementos que me son especialmente evocadores y sugerentes. La noche, dice la canción, nos envuelve en su inquietud. También dice el himno litúrgico que la noche es tiempo de gracia y salvación porque los grandes acontecimientos de esta *historia salutis* ocurrieron en la noche. Si los tiempos actuales son tiempos de noche (¿lo son?) pueden ser al mismo tiempos de inquietud e incertidumbre y tiempos de de gracia y salvación. Como las dos caras de una misma y única moneda.

Y estos tiempos, siguiendo la hipótesis, de noche postulan y reclaman centinelas atentos, vigilantes despiertos, vigías inteligentes y sabios que sepan escuchar y mirar en la noche, y sepan discernir e interpretar tanto lo que está ocurriendo como lo que está por suceder. Lo digo por si acaso. No me refiero precisamente a los “Obispos” que reciben ese título y esa encomienda de “vigilantes”. Tampoco me refiero, dicho sea de paso y con respeto, a la labor de vigilancia en el orden doctrinal, teológico, moral, disciplinar... Quiero referirme a otro tipo de atención.

Me refiero, en concreto, a esa atención a Dios y a las mediaciones a través de las cuales Él actúa e interviene en la historia de los hombres. Me refiero también, y muy particularmente, a esa necesidad de agudizar nuestros sentidos y facultades para ser inteligentes y sabios o, mejor aún, para ser perspicaces a la hora de escuchar, mirar, interpretar y entender lo que solemos llamar, desde el Concilio Vaticano II (estamos celebrando sus 50 años), los signos de los tiempos. Signos, que por otra parte, pueden ocurrir en el marco y tiempo de la noche, de esa que nos envuelve en sombras de incertidumbre e inquietud, y de esa misma que puede estar siendo y estará siendo tiempo y marco de gracia y salvación.

Dicho con otras palabras. Me refiero a la necesidad de centinelas que, en estas circunstancias y coordinadas de espacio y tiempo (que no dejan de ser espacio y tiempo de gracia y salvación por más que sintamos que la noche nos envuelve en su incertidumbre e inquietud), sepan interpretar las manifestaciones de Dios en estas mediaciones humanas, con sus circunstancias y coordinadas, del mundo, de la historia, de nuestra Iglesia y de nuestra sociedad. Centinelas que, en una palabra, tengan y cultiven el don de la contemplación y del discernimiento, de la inteligencia y de la interpretación de la acción del Espíritu Santo en la evolución de la historia.

Y digo esto porque puede ocurrirnos que, en medio de tanta oscuridad de esta noche, no siempre hayamos sido capaces ni lo seamos de vislumbrar los brotes verdes e indicios de esperanza (¿clamorosos?, ¿humildes?) de los nuevos cielos y la nueva tierra, los indicadores y señales de los nuevos cielos y la nueva tierra.

Quizá indicios a modo de “pávilos vacilantes” que no habríamos de apagar y sí de proteger y de alimentar. *“Preferimos reafirmar toda nuestra confianza en nuestro Salvador, que no se ha ido del mundo, por él redimido. Al contrario, haciendo nuestra la recomendación de Jesús de que sepamos distinguir los signos de los tiempos (Mt. 16, 4), creemos columbrar en medio de tantas tinieblas, no pocos indicios que nos hacen concebir buenas esperanzas sobre la suerte de la Iglesia y de la humanidad.”* (Beato Juan XXIII, *Humanae Salutis*, 25 de diciembre de 1963).

La expresión, ahora tan conocida y utilizada, de los “signos de los tiempos” aparece en la Biblia y, más concretamente aún, en los Evangelios y en boca de Jesús de Nazaret. No sé si están todos los textos pero sí por lo menos algunos de ellos: Mt. 16, 1-4; Mc. 8, 12; Mc 13, 1-23; Lc. 12, 54 – 56. Entiendo que esta expresión es una invitación a la agudeza, clarividencia, discernimiento, perspicacia. Esta expresión (“signos de los tiempos”) fue introducida, creo que por primera vez, en la historia de la teología y de modo sistemático (a nivel de estudio), con motivo del Concilio Vaticano II. Estos son los signos de los tiempos que reclaman unos centinelas tan inteligentes como sabios, tan agudos como perspicaces. A estos centinelas me he querido referir en este segundo momento musical que he llamado “andante” y que he titulado “¿qué ves en la noche, dinos centinela?”

Para el tiempo personal quizá puede valer el ejercicio de lectura, reflexión y oración que os propongo a continuación: **parábola del centinela**. No sé si es conocida. Yo la encontré, hace tiempo, buceando en el mundo de internet. La he utilizado varias veces y creo que responde a la imagen del centinela en la que he intentado detenerme a lo largo de estas líneas y que es sugerente, creo, como actitud de todos y cada uno de nosotros, y de nuestro Capítulo Provincial de Santiago.



*Erase una vez un hombre que vivía en un viejo pueblecito, presidido por un castillo aún más viejo, en la frontera de un país lejano, al lado de un gran desierto. Tanto el pueblo como el castillo eran muy aburridos, porque raramente pasaba alguien cerca de ellos.*

*Alguna vez se detenían a pernoctar extrañas caravanas, o caminantes solitarios, pero, en cuanto se alimentaban y descansaban, volvían a irse, dejando a los habitantes del pueblecito y del castillo con su diario aburrimiento. Un día llegó un mensajero del rey de la nación y dijo: Se hace saber la gran noticia, Dios en persona va a venir a visitarles, pasará por este pueblecito, prepararos para recibirle tal y como Dios se merece.*

*Eso entusiasmó a las autoridades, mandaron reparar las calles, limpiar las fachadas, construir arcos triunfales, adornar los balcones. Y, sobre todo, nombraron centinela al más noble habitante de la aldea. Le dijeron: Irás a vivir en la torre más alta del castillo y, desde allí, avizorarás constantemente el horizonte, para dar lo antes posible la noticia de la llegada de Dios.*

*El centinela, feliz y orgulloso, se dispuso a permanecer firme en la torre con los ojos abiertos. ¿Cómo será Dios?—se preguntaba-. ¿Y cómo vendrá? ¿Tal vez con un gran ejército? ¿Quizá con una corte de carros majestuosos? En ese caso, se decía, será fácil adivinar su llegada cuando aún esté lejos.*

*Pasaron los días y durante las veinticuatro horas no pensaba en otra cosa y permanecía en pie y con los ojos bien abiertos. Pero cuando hubo pasado así algunos días y noches, el sueño comenzó a rendirle y pensó que tampoco pasaría nada si daba unas cabezadas, ya que Dios vendría precedido por sonos de trompetas que, en todo caso, le despertarían. Y pasaron no solo los días, sino también las semanas.*

*La gente del pequeño pueblo regresó a su vida de cada día; y comenzó a olvidarse de la venida de Dios. Hasta el propio centinela dormía ya tranquilo. Pasaron meses e incluso años y ya nadie en el pueblo se acordaba. Incluso la población se fue instalando en tierras más prósperas.*

*Se quedó solo el centinela, aún subido en su torre, esperando, aunque ya con una muy débil esperanza. Comenzó a pensar: - “¿Para qué va a venir Dios? Si este pueblo nunca tuvo interés alguno y ahora, vacío, mucho menos. Y si viniera al país, ¿por qué iba a detenerse precisamente en este castillo tan insignificante?”.*

*Pero como a él le habían confiado esa misión y como esa misión le había levantado la esperanza, su decisión de permanecer, era más fuerte que sus dudas. Hasta que un día se dio cuenta de que, con el paso de los años..., se había vuelto viejo y dijo: - “Mis piernas se*

*resisten a subir las escaleras de la torre, a penas veo, la muerte está acercándose, me he pasado toda la vida esperando la visita de Dios y me voy a morir sin verle”.*

*De pronto, oyó una voz a sus espaldas que decía: - “¿Pero es que no me conoces?”. Entonces el centinela, aunque no veía a nadie, estalló de alegría y dijo: - “¡Oh, ya estás aquí! ¿Por qué me has hecho esperar tanto? Y ¿por dónde has venido que yo no te visto? La voz respondió: - “Siempre he estado cerca de ti, a tu lado; más aún: dentro de ti. Has necesitado muchos años para darte cuenta. Pero ahora ya lo sabes. Éste es mi secreto: “yo estoy siempre con los que me esperan y sólo los que me esperan pueden verme”*

*Y entonces el alma del centinela se llenó de alegría. Y viejo, casi muerto como estaba, volvió a abrir los ojos y se quedó mirando amorosamente al horizonte.*



## Allegro

Hemos realizado la obertura y el andante. Nuestra pieza musical va desarrollándose y nos adentramos en el siguiente movimiento que os propongo: el allegro. Es un tiempo rápido o animado. Normalmente va seguido de otro término en italiano que da más precisión sobre cómo debe de ser el carácter de una obra y la velocidad de la interpretación, como *Allegro molto*, que significa muy rápido, *Allegro ma non troppo*, no demasiado rápido, o *Allegro assai*, bastante deprisa, entre otros. Suele ser el primer o el último movimiento en las sinfonías, sonatas o conciertos. En nuestro caso va a ser el penúltimo.

Vamos a titular a este momento musical, nuestro tercer tiempo, con esta frase: **“Los vuelos naturales del espíritu humano no van de placer a placer, sino de una esperanza a otra”** (Samuel Johnson). Y os propongo que nos detengamos en este texto que tenemos a continuación: **Deuteronomio 1,19-33.**

“Cuando salimos de Horeb, nos dirigimos a los montes de los amorreos, obedeciendo así las órdenes del Señor nuestro Dios. Recorrimos todo aquel grande y terrible desierto que visteis, hasta que llegamos a Cadés-barnea. Allí os dije: ‘Ya hemos llegado a los montes de los amorreos, que el Señor nuestro Dios nos da. El Señor vuestro Dios os entrega esta tierra. Adelante, pues, y ocupadla tal como ha dicho el Señor, el Dios de vuestros antepasados. No tengáis miedo ni os desaniméis.’ Pero vosotros vinisteis a decirme: ‘Será mejor que algunos de nosotros se adelanten y exploren este país, y que luego regresen a decirnos qué camino debemos seguir y en qué ciudades podemos entrar.’ “Lo que propusisteis me pareció bien, y entonces escogí a doce de vosotros, uno de cada tribu, los cuales se encaminaron hacia la región montañosa y llegaron al valle de Escol y recorrieron toda la región. Después tomaron frutos de aquella tierra y nos los trajeron, con este informe: ‘La tierra que el Señor nuestro Dios nos da, es magnífica.’ Pero vosotros no quisisteis ir, sino que desobedecisteis la orden que el Señor nuestro Dios os había dado, y en vuestras casas os pusisteis a murmurar y a decir: ‘El Señor no nos quiere; nos sacó de Egipto tan solo para ponernos en manos de los amorreos y acabar con nosotros. Y ahora, ¿a dónde vamos a ir? Nuestros compatriotas dicen que allí hay gente más poderosa y alta que nosotros, y grandes ciudades rodeadas de altísimas murallas, y que hasta vieron descendientes del gigante Anac. Todo eso nos ha desanimado por completo.’ “Entonces yo os respondí: ‘No os alarméis. No les tengáis miedo. El Señor vuestro Dios marcha delante de vosotros y combatirá por vosotros, tal como visteis que hizo en Egipto y en el desierto. El Señor vuestro Dios os ha tomado en sus brazos durante todo el camino que habéis recorrido hasta llegar a este lugar, como un padre que toma en brazos a su hijo.’ Sin embargo, no confiasteis en el Señor vuestro Dios, el cual iba delante de vosotros para escoger el lugar donde debíais acampar. De noche os señalaba con fuego el camino que teníais que seguir, y de día os lo señalaba con una nube”.

Este texto, como es bien sabido, tiene su correlato paralelo en el Libro de los Números: 13.1-14.4. También en este caso, como en el anterior, he preferido situar el texto que quiero presentaros en su contexto más inmediato. El texto en cuestión que pongo a vuestra consideración es el siguiente: **“Pero vosotros vinisteis a decirme: ‘Será mejor que algunos de nosotros se adelanten y exploren este país, y que luego regresen a decirnos qué camino debemos seguir y en qué ciudades podemos entrar’”**. Probablemente y también en este caso, el contexto es más rico que el comentario que yo voy a hacer a partir del texto escogido.

La Real Academia Española define el verbo “explorar” como “*reconocer, registrar, inquirir o averiguar con diligencia una cosa o un lugar*”. Aplicado a la medicina significa: “Examinar o reconocer a un paciente con fines diagnósticos”. Los sinónimos que he encontrado (seguramente habrá más y mejores) de este verbo “explorar” los tienes a continuación: *inspeccionar, rastrear, indagar, investigar, sondear, analizar, reconocer, auscultar, estudiar, examinar, inquirir, tantear*.

El verbo en cuestión y en el contexto de los preparativos para la entrada en la Tierra Prometida me resulta, voy a decirlo así, muy sugerente para todos nosotros que nos encontramos comenzando nuestro Capítulo Provincial. Más allá o más acá de a dónde nos lleve la imaginación (que siempre se puede disparar con el verbo “explorar” y el sustantivo “explorador”) nos sitúa en la clave de una búsqueda y, por lo tanto, de un movimiento. Sí, creo que eso es lo que más nos puede evocar en este momento en el que nos encontramos como centinelas que queremos contemplar y discernir.

Por un lado, la búsqueda. Seguramente porque hay descontento, insatisfacción (¿por qué no pensar en los encuentros y manifestaciones de aquellos que llamamos o se llaman a sí mismos “indignados”?) y el momento presente, la situación actual (a todos los niveles), sea lo que sea, no son lo mejor ni el ideal al que aspiramos y/o podemos desear. Claro, uno siempre se puede y/o debe preguntar cuál es la razón del descontento o la raíz de lo que se experimenta como insatisfactorio, ¿verdad? Si no hay una indignación, insatisfacción... tampoco existe deseo de otra cosa y búsqueda de la misma. Donde no hay indignación sí hay instalación más o menos cómoda y plácida. O seguramente porque la indignación crece directamente proporcional al crecimiento del deseo de algo diferente, distinto, desconocido, nuevo. ¿Nos encontramos así, insatisfechos y aspirando, descontentos y deseando?

Y creo, además, que en nuestras instituciones eclesiales (sean las que sean, Provincia Religiosa, Comunidad, Grupo,...) y en cada uno de nosotros, cristianos del siglo XXI (aunque todos nacidos en el *remoto* siglo XX), siguen existiendo razones de insatisfacción y descontento. Cada uno tiene que preguntarse y, con toda seguridad nos preguntaremos, cuáles sean esas razones. Cada uno intentará e intentaremos poner nombre (como Dios fue poniendo nombre a las cosas en la medida en que las fue llamando de la nada a ser) a las mismas. Pero si hay satisfacción absoluta, completa, plena, con lo que ya se es y con lo que se tiene, con el cómo se es y cómo se tiene, probablemente también vivirá amortiguado y silencioso el ansia, el deseo,..., en una palabra, la búsqueda, como silenciosa dormía aquella arpa, en el ángulo oscuro, olvidada tal vez por su dueño.

Los que solemos calificar como grandes personajes de la Iglesia, pongamos por ejemplo, los Fundadores, los Reformadores, experimentaron en carne viva ese descontento, esa insatisfacción. Y de ahí nació el deseo de aventurarse en una búsqueda, en una exploración, hacia lo diferente, hacia lo desconocido. En aquellos movimientos de búsqueda se fueron fraguando, no sin dificultades, y cristalizando, no a veces sin malentendidos de unos y de otros, los sueños que se albergaban en forma de deseo, de intuición, de novedad, de otros horizontes. Me refiero a los buenos sueños (aquellos en lo que había belleza, bondad, verdad), no a aquellos malos a los que llamamos pesadillas.

Y lo mismo se puede decir, cómo no, de aquellos hombres y mujeres que, en otros ámbitos (del arte, de la ciencia, de la cultura, de la política,...) se aventuraron en una búsqueda y exploraron por los caminos de lo que todavía no era conocido, ni había sido transitado, siguiendo el rastro de lo inédito, tratando de encontrar lo que buscaban y lo que, al menos ya de algún modo, intuían, vislumbraban en los deseos y en los sueños. Porque la búsqueda siempre es una actitud, voy a decirlo así, activa. O, por lo menos, no es pasiva como quien espera pasiva y resignadamente que algo acontezca y nos sobrevenga, que alguien llegue (aunque al final nunca llegue como no llegó Godot).

Quizá es que también damos por válida, de modo poco consciente y seguramente de manera muy acrítica, aquel aforismo que reza así: “más vale pájaro en mano”. Si así fuera, que no sé si lo es, amenazaríamos de muerte y de raíz la aventura, el riesgo, y nos meceríamos en los brazos del miedo a la libertad. Viviríamos, eso sí, más allá de la incertidumbre, de la inseguridad, es decir, del trance de la búsqueda, del lance de la exploración, del conflicto que siempre suele suponer la aventura de averiguar, investigar, explorar, ..., aunque todo ello, bien es verdad, siempre supone la duda que, a modo de interrogante, nos acompaña en todo proceso incierto e inseguro (del cual no conocemos ni controlamos todas y cada una de las variables, y ni siquiera podemos controlarlas ni disponer de ellas).

Y a lo mejor la exploración es una auto-exploración a partir de los síntomas que cada uno de nosotros advertimos en nuestro foro individual-comunitario-provincial y que son como alarmas que nos indican que algo no está del todo bien o que puede ser de otro modo. Y a lo mejor también la exploración es una exploración de lo que está aconteciendo, sucediendo, a nuestro alrededor, mirando, escuchando, palpando, oliendo, ..., lo que llamamos “signos de los tiempos”. En todo caso, sea una u otra, la exploración es una aventura porque “la única posibilidad de descubrir los límites de lo posible es aventurarse un poco más allá de ellos, hacia lo imposible” (Arthur C. Clarke, escritor inglés de ciencia ficción).

Así me imagino la vocación de la Iglesia y la vocación de nuestra Provincia de Santiago y de nuestra Congregación, como la vocación de Abraham que, a sus 75 años de edad, aún tiene arrestos para embarcarse en la aventura a la que Dios le invita saliendo de su tierra y caminando hacia el horizonte nuevo que Dios le iría sugiriendo. Tal vez es que el placer de la realización futura se redobla cuando ha sido precedida y acompañada por la aventura de la salida de uno mismo, de la emigración hacia lo desconocido, por la búsqueda de lo imaginado y soñado.

Por otro lado, la imagen del explorador me evoca, ya lo he anticipado en el párrafo anterior, la realidad del éxodo, de la salida. La imagen del camino en un horizonte siempre más amplio y abarcante que todos los logros y realizaciones que nunca dejan de ser parciales. Cada realización es una etapa en ese horizonte siempre más amplio, ancho, abarcante y vasto que da sentido a todo. Sí, el hombre es también “*homo viator*”, andante y caminante, emigrante y peregrino, también tentado de instalarse en las realizaciones siempre parciales que elevamos a absolutas y definitivas, en las que nos solemos ensoñar o en las cuales nos abandonamos a no se sabe qué espejismos.

La necesidad de la exploración y la aventura de la búsqueda surgen solamente en un pueblo que está en camino. Más allá de cualquier instalación que acaba atando, recortando el alcance, limitando el horizonte, y nos sitúa desinstalados e itinerantes, buscadores y exploradores. Por eso, quizá, la imagen expresa del “explorador” solamente aparece en los libros del Antiguo Testamento que arriba he citado. Una vez que nos instalamos, es decir, una vez que creemos que hemos llegado a la morada definitiva y entramos en no se sabe qué posesión, perdemos de perspectiva que hay que seguir buscando, y que el horizonte nos sigue invitando, llamando, reclamando a seguir explorando, porque creemos que todavía no lo hemos encontrado todo, que aún no poseemos lo definitivo y sublime, que no hemos alcanzado la plenitud.

No somos los celosos guardianes de un tesoro que celosamente hemos de guardar sino los buscadores de Aquél que es el innumerable, el indecible, que permanece en el Misterio en el que somos, nos movemos, existimos, y al que solamente veremos, cara a cara cuando, en el día final de nuestra muerte (*dies natalis*) cuando nos realice su última y definitiva llamada a pasar a su casa, a dejarnos abrazar por Él, a sentarnos a la mesa de su banquete. Aquel *día natalicio* gustaremos, plena y definitivamente, lo que, mientras hemos ido de camino y siempre de modo parcial, solamente se nos ha dado a pregonar.

El explorador no requiere de mucho equipaje. “Ligero de equipaje, casi desudo” evocó el poeta Antonio Machado, sin las pretendidas autodefensas que acaban embotando, sin pretrecharnos en no se sabe qué ineludibles certezas y seguridades que más que darnos alas... nos atan y nos encierran en esquemas tan faltos de horizonte como romos de perspectiva. Jesús, el caminante por excelencia, también lo aconsejó a sus discípulos en su aventura de salida, de camino, de itinerancia.

Puede ser verdad que el que vive de esperanzas corra el riesgo de morirse de hambre (Benjamin Franklin, estadista y científico estadounidense). Es otra versión del adagio del refranero español: “más vale pájaro en mano”. Pero prefiero pensar que conquistar sin riesgo es como triunfar sin gloria (Pierre Corneille, poeta y dramaturgo francés). También dice el refranero español que “más vale buena esperanza que ruin posesión”. A lo mejor se puede intentar explicar no pocas de nuestras reacciones más reaccionarias con aquella sentencia de aquel poeta español, Jorge Guillén: “cuando uno pierde la esperanza se vuelve reaccionario”.

La vida es un una aventura. Y para hacer ese camino estamos más o menos equipados, con lo indispensable, necesario, y a veces con más cosas, demasiadas. También la fe es una aventura, un riesgo. A nosotros siempre nos acompaña la pregunta. Más que una posesión ya definitiva es un querer buscar y encontrar. Y en la aventura hay que ensayar para acertar. Y habrá que asumir el riesgo de equivocarse (es el precio por esta condición humana que somos). La vida de cada hombre es un camino hacia sí mismo, el ensayo de un camino, el boceto de un sendero (Hermann Hesse, escrito suizo de origen alemán). Y en la partitura de la vida van sucediéndose las notas, los compases, los movimientos. Adagio, andante, allegro, maestoso, presto, vivace... Y el compositor tiene que ir aventurándose, ensayando, es decir, acertando y errando, hasta plasmar la intuición a la que quiere dar cuerpo musical en la partitura.

Cuando miro a mi alrededor y me miro a mí mismo sé que no todos, tampoco yo mismo, podemos ser siempre aventurados exploradores. Por muchas y diversas circunstancias que ahora no vienen al caso. Aunque Abraham lo fue ni más ni menos que a sus 75 años hasta el final de sus días. Pero, por lo menos, permitamos que otros sí lo sean. Que sean delantera, vanguardia, mejor aún, avanzadilla en esta aventura de creer y de la evangelización misionera. Tengo para mí que no andamos sobrados, más bien al contrario, de soñadores y visionarios, de exploradores y aventureros, seguramente porque andamos muy ocupados y preocupados en conservar celosamente lo que parece que ya hemos adquirido de una vez para siempre.

A propósito de este texto de los exploradores quisiera finalizar con un relato muy conocido, de esos que circulan por internet y que nos llegan a través de los power point. Os lo propongo como ejercicio de vuestra oración y reflexión. Creo que lo conoceréis y no necesita, por lo tanto, otra explicación. A mi modo de ver, y por eso la traigo a colación, es una parábola, a veces sobre la inercia y la rutina, otras veces sobre el miedo y temor, que nos acaba atenazando con lazos invisibles de la falta de aventura, exploración, osadía y riesgo. Creo que un discernimiento capitular es un momento adecuado para dejar de funcionar el piloto automático.

*Cuando yo era chico me encantaban los circos y lo que más me gustaba de los circos eran los animales. También a mí, como a otros, después me enteré que me llamaba la atención el elefante.*

*Durante la función la enorme bestia hacia despliegue de su peso tamaño y fuerza descomunal...pero después de su actuación y hasta un rato antes de volver al escenario el elefante quedaba sujeto solamente por una cadena que aprisionaba una de sus patas a una pequeña estaca clavada en el suelo.*

*Sin embargo, la estaca era solo un minúsculo pedazo de madera apenas enterrado unos centímetros en la tierra. Y aunque la cadena era gruesa y poderosa me parecía obvio que ese animal capaz de arrancar un árbol de cuajo con su propia fuerza, podría con facilidad arrancar la estaca y huir.*

*El misterio es evidente: ¿Qué lo mantiene entonces? ¿Por qué no huye?*



*Cuando tenía cinco o seis años yo todavía confiaba en la sabiduría de los grandes. Pregunté entonces a algún maestro, a algún padre o a algún tío por el misterio del elefante. Alguno de ellos me explicó que el elefante no se escapaba porque estaba amaestrado. Hice entonces la pregunta obvia. Si está amaestrado ¿por qué lo encadenan? No recuerdo haber recibido ninguna respuesta coherente.*

*Con el tiempo me olvidé del misterio del elefante y la estaca... y sólo lo recordaba cuando me encontraba con otros que también se habían hecho la misma pregunta.*

*Hace algunos años descubrí que por suerte para mí alguien había sido lo bastante sabio como para encontrar la respuesta: EL ELEFANTE DEL CIRCO NO ESCAPA PORQUE HA ESTADO ATADO A UNA ESTACA PARECIDA DESDE QUE ERA MUY, MUY PEQUEÑO.*

*Cerré los ojos y me imaginé al pequeño recién nacido sujeto a la estaca. Estoy seguro de que en aquel momento el elefantito empujó, tiró y sudó tratando de soltarse. Y a pesar de todo su esfuerzo no pudo. La estaca era ciertamente muy fuerte para él. Juraría que se durmió agotado y que al día siguiente volvió a probar y también al otro y al que le*

*seguía... Hasta que un día, un terrible día para su historia, el animal aceptó su impotencia y se resignó a su destino. Este elefante enorme y poderoso, que vemos en el circo, no escapa porque cree - pobre - que NO PUEDE.*

*El tiene el registro y recuerdo de su impotencia, de aquella impotencia que sintió poco después de nacer. Y lo peor es que jamás se ha vuelto a cuestionar seriamente ese registro. Jamás... jamás... intentó poner a prueba su fuerza otra vez.*

*Vivimos creyendo que un montón de cosas "no podemos" simplemente porque alguna vez, antes, cuando éramos chiquitos, alguna vez probamos y no pudimos. Hicimos entonces, lo del elefante: grabamos en nuestro recuerdo: NO PUEDO...NO PUEDO Y NUNCA PODRE. Hemos crecido portando ese mensaje que nos impusimos a nosotros mismos y nunca más lo volvimos a intentar.*

*Cuando mucho, de vez en cuando sentimos los grilletes, hacemos sonar las cadenas o miramos de reojo la estaca y confirmamos el estigma: "NO PUEDO Y NUNCA PODRE". Vivimos condicionados por el recuerdo de otros, que ya no somos y no pudieron.*

*Tu única manera de saber, es intentar de nuevo poniendo en el intento todo tu corazón... TODO TU CORAZON".*





La utopía está en el horizonte. Camino dos pasos, ella se aleja dos pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá. ¿Entonces para qué sirve la utopía? Para eso, sirve para caminar (Eduardo Galeano, escritor y periodista uruguayo). ¿Quién se arriesga más... el que se instala o el que se aventura y explora? ¿Nos atreveremos a explorarla y a ensayarla?

## Coda

En esta partitura musical, con su obertura, su andante, su allegro, nos disponemos a interpretar el final, eso que llamamos “coda”. Esta sección musical es como el epílogo. Puede ser tan simple como unos pocos compases o alcanzar tal complejidad y ser tan expandido que constituya una sección entera. Para nosotros, ahora, va a tener una función meramente conclusiva, queriendo completar, quizá mejor aún, recapitular los movimientos anteriores de nuestra partitura musical.

**"No tiene sentido predicar el Evangelio cuando no me he tomado el tiempo para mi propia conversión".**

## Celo

No, no es una palabra que tenga buena prensa últimamente. Más bien al contrario. Los hechos saltan a la vista. En una cultura que algunos llaman “líquida” no gustan demasiado el extremo ni los extremos. La palabra “celo” se encuentra en la Biblia. Los Evangelios la recogen solamente una vez. En concreto es San Juan (2, 17): “*Sus discípulos recordaron entonces la Escritura que dice: “Me consumiré el celo por tu casa”*”. San Pablo también la utiliza una vez (2 Corintios 11, 2): “*Porque el celo que siento por vosotros es un celo que viene de Dios*”. Sí, hay un celo que es sinónimo de cuidado, diligencia, esmero que alguien pone al hacer algo. También hay un celo que es sinónimo de interés extremado y activo que alguien siente por una causa o por una persona. Es una expresión que tiene resonancia en nuestro Padre Fundador y en la mejor tradición de nuestra Congregación. Es sinónimo de ardor, arresto, arrojo, energía, entusiasmo, pasión,..., la imagen del “fuego” nos evoca este “celo” en nuestra definición de misioneros.



"Sólo desde la cumbre alta del sol poniente,  
y mirando por encima del camino recorrido,  
podemos vislumbrar, y borrosamente,  
la santa e imprevisible voluntad del Padre.

Mientras tanto,  
no nos corresponde sino bajar la cabeza,  
soltar los remos, y decir:  
cuando quieras,  
a donde quieras, ¡llévame!".

## Sueños

En los Evangelios se recoge la figura discreta y humilde un hombre. Apenas hay mención de su nombre salvo en un evangelista y en un período muy pequeño. De él no se conserva una sola palabra. Tampoco forma parte del Credo. Es José. El hombre al que Dios habla en sueños. **“Ya había pensado hacerlo así, cuando un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: “José, descendiente de David, no tengas miedo de tomar a María por esposa, porque el hijo que espera es obra del Espíritu Santo”** (Mateo 1, 20). **“Cuando ya los sabios se habían ido, un ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: “Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto. Quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo”** (Mateo 2, 13). **“Después de la muerte de Herodes, un ángel del Señor se apareció en sueños a José, en Egipto”** (Mateo 2, 19). **“Pero cuando supo que Arquelao gobernaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allá; y habiendo sido advertido en sueños por Dios, se dirigió a la región de Galilea”** (Mateo 2, 22). Dios habla en sueños. También a los Magos (Mateo 2, 12). Los sueños forman parte de la profecía de los últimos tiempos del Espíritu Santo. **“Sucederá que en los últimos días, dice Dios, derramaré mi Espíritu sobre toda la humanidad. Vuestros hijos y vuestras hijas comunicarán mensajes proféticos, vuestros jóvenes tendrán visiones y vuestros ancianos tendrán sueños”**. (Hechos 2, 17).

El sueño y los sueños... mientras se está dormido o mientras se está en vela... aquellas representaciones, sucesos, imágenes en la imaginación y fantasía a través de los cuales parece que Dios se comunica... No son los sueños, sin más, cosa que carezca de realidad o fundamento, y, en especial, proyecto, deseo, esperanza sin probabilidad de realizarse, es decir, fantasías, espejismos que seducen y engañan. ¿Qué es para ti soñar? ¿Te atreves a soñar? ¿Nos atreveremos a soñar? ¿Vamos a soñar? ¿Interpretaremos juntos los sueños? ¿Compartiremos nuestros sueños con otros? ¿O seremos de aquellos que dicen: “¡Mirad, ahí viene el de los sueños! (Génesis 37, 19)? ¿o seremos de aquellos que matan los sueños diciendo “Venid, matémoslo; luego lo echaremos a un pozo y diremos que un animal salvaje se lo comió. ¡Y a ver qué pasa con sus sueños!” (Génesis 37, 20)?

"Hay que caminar como peregrinos,  
libres, despojados y realmente vacíos;  
acumular, retener, negociar,  
sólo sirven para entorpecer nuestra marcha.

El que quiera, que se cargue lo más posible;  
nosotros viajamos, después de despedirnos,  
contentándonos con poco;  
sólo usamos lo necesario".



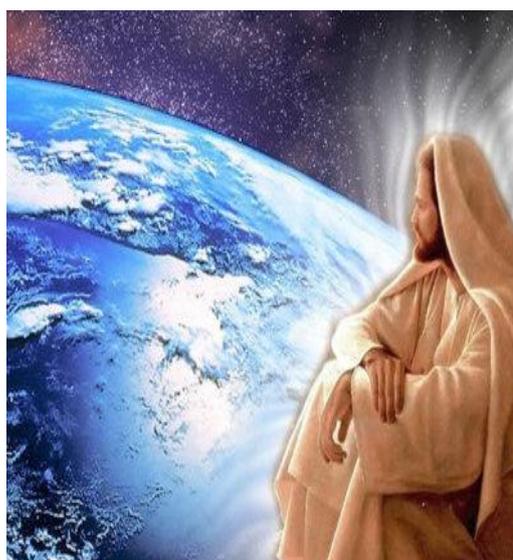
## Visiones

Las visiones forman parte del entramado de la Biblia y de los últimos tiempos. *“Sucedará que en los últimos días, dice Dios, derramaré mi Espíritu sobre toda la humanidad. Vuestros hijos y vuestras hijas comunicarán mensajes proféticos, vuestros jóvenes tendrán visiones y vuestros ancianos tendrán sueños”* (Hechos 2, 17). Dios se comunica al profeta en visiones y le hablará en sueños (Números 12, 6). *“Yo hablé a los profetas y aumenté el número de sus visiones, y por medio de ellos hablé en parábolas”* (Oseas 12, 10). *“Después de estas cosas derramaré mi espíritu sobre toda la humanidad: vuestros hijos e hijas profetizarán, los viejos tendrán sueños y los jóvenes visiones”*, (Joel 2, 28). ¿No son visiones y miradas lo que tal vez nos falta, contemplación inmediata y directa, quizá también fantasía o imaginación, imágenes e iluminaciones, no sólo ni principalmente desde la sociología? ¿No nos falta conocimiento claro e inmediato, quizá también “imaginación”?



Querido Señor,  
me has enviado a este mundo  
para predicar tu Palabra.  
Los problemas del mundo  
parecen tan frecuentemente  
complicados e intrincados  
que tu Palabra  
me parece embarazosamente simple.  
Muchas veces,  
me siento sin palabras  
cuando estoy con gente  
que está hablando  
de los problemas del mundo.  
Pero Tú, oh Señor, dijiste:  
'Sed astutos como serpientes  
e inocentes como palomas.'  
Déjame retener la inocencia y la simplicidad  
en medio de este mundo complejo.  
Me doy cuenta de que debo estar informado,  
de que tengo que estudiar  
los muchos aspectos

de los problemas que enfrenta el mundo,  
y que debo tratar de entender  
lo mejor que pueda  
la dinámica de nuestra sociedad.  
Pero lo que cuenta realmente  
es que toda esta información,  
conocimiento y conciencia,  
me permita decir,  
más claramente y sin ambigüedades,  
tu Palabra llena de verdad.  
No permitas  
que los poderes del mal me seduzcan  
con las complejidades  
de los problemas del mundo,  
dame la fuerza para pensar con claridad,  
para hablar con libertad  
y para actuar con coraje,  
a tu servicio.  
Amén.



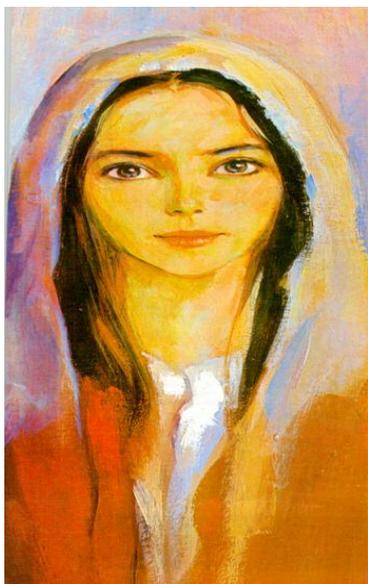
## Testamento

María de Nazaret se situó ante Dios y ante el mundo. Su respuesta fundamental es: “Hágase”. “He aquí la esclava del Señor”, la perfecta sumisión, la perfecta disponibilidad, la perfecta obediencia. Ella misma se preguntó “¿cómo puede ser eso?”. Ella misma se planteó su discernimiento. Ella misma supo que tenía que elegir. María se abrió a la Palabra del Señor para discernirla y aceptarla.

El Evangelio de Lucas recoge que María de Nazaret supo meditar. Ella es maestra de oración que conserva en su corazón todas las cosas que vive junto a su Hijo. Las conserva pero no las almacena simplemente como “contenidos” que se amontonan en la cabeza, como recuerdos, como anécdotas. María las conservaba “dándoles vueltas en su corazón”, es decir, asimilando los hechos y asimilando la historia que Dios estaba protagonizando. María sabe muy bien cuál ha de ser la aportación, nuestra participación: “llenad las vasijas de agua hasta los bordes”. Quien te creó sin ti, dice san Agustín, no te salvará sin ti. Es nuestra aportación al misterio de Cristo. Nosotros no podemos hacer el vino, simplemente ponemos el agua, nuestra agua; intentamos llenar hasta el borde las vasijas para que Cristo nos convierta en vino.

El testamento, lo sabemos, es la declaración que hace alguien de su última voluntad, disponiendo de bienes y de asuntos que le atañen para después de su muerte. El testamento entonces es la última voluntad que alguien quiere que la posteridad considere definitiva. Ella dejó expresado su testamento. San Juan lo recogió. Nos resulta curioso que las últimas palabras de María que se recogen en el Evangelio estén pronunciadas justamente al comienzo del ministerio público de Jesús de Nazaret. María sabe lo que tenemos que hacer y cómo tenemos que hacerlo. Dejemos resonar en nosotros sus últimas palabras, su testamento: “*Haced lo que él os diga*” (Juan 2, 5).

Hemos dedicado esta mañana de nuestro retiro, y al comienzo de nuestro Capítulo Provincial, a disponer nuestro cuerpo y espíritu a contemplar y a discernir. ¡Qué mejor modo de acabar que dejando resonar en nosotros estas palabras: “*Haced lo que él os diga*”!



Tú que eres Madre, llena de VIDA:  
arrópanos en tu corazón,  
para que en nosotros brote  
la semilla de la Vida.

Tú que eres Madre, llena de TERNURA:  
ven con nosotros en el caminar de cada día,  
y cuida nuestra frágil fe.

Tú que eres Madre, llena de ESPERANZA:  
enciende la llama del amor en nuestro interior  
y alumbra nuestros pasos en la noche.

María:  
Tú que estuviste abierta a los planes de Dios;  
tú que te dejaste conducir  
por la fuerza del Espíritu Santo;  
tú que fuiste consecuente  
con lo que un día prometiste;  
enséñanos  
a acoger y responder con gozo a Dios;  
a presentarnos a Él  
con nuestras manos abiertas para amar;  
a entregarle nuestra vida,  
para anunciar el Evangelio;  
y darle un SÍ generoso,  
para ser luz y sal en medio del mundo.

Hemos comenzado con una oración al Espíritu Santo, y creo que podemos finalizar este momento con otra oración a Él, que nos acompañe en este tiempo personal de oración y de reflexión que vamos a comenzar.



Ven, Espíritu Divino  
manda tu luz desde el cielo.

Padre amoroso del pobre;  
don, en tus dones espléndido;  
luz que penetra las almas;  
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma,  
descanso de nuestro esfuerzo,  
tregua en el duro trabajo,  
brisa en las horas de fuego,  
gozo que enjuga las lágrimas  
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,  
divina luz y enriquécenos.

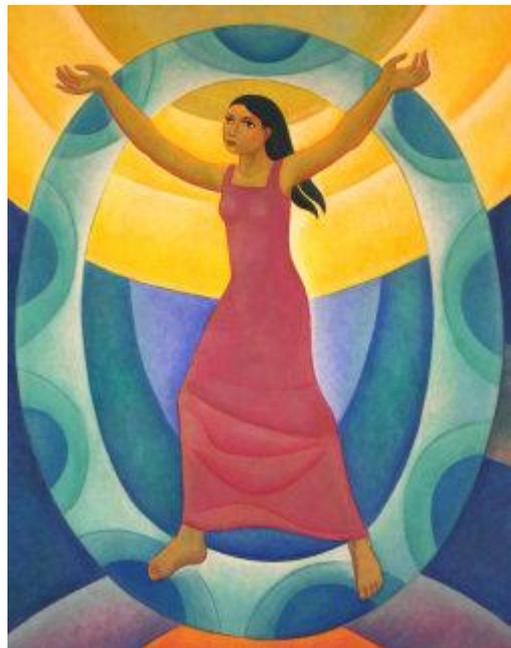
Mira el vacío del hombre,  
si tú le faltas por dentro;  
mira el poder del pecado,  
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,  
sana el corazón enfermo,  
lava las manchas,  
infunde calor de vida en el hielo,  
doma el espíritu indómito,  
guía al que tuerce el sendero.

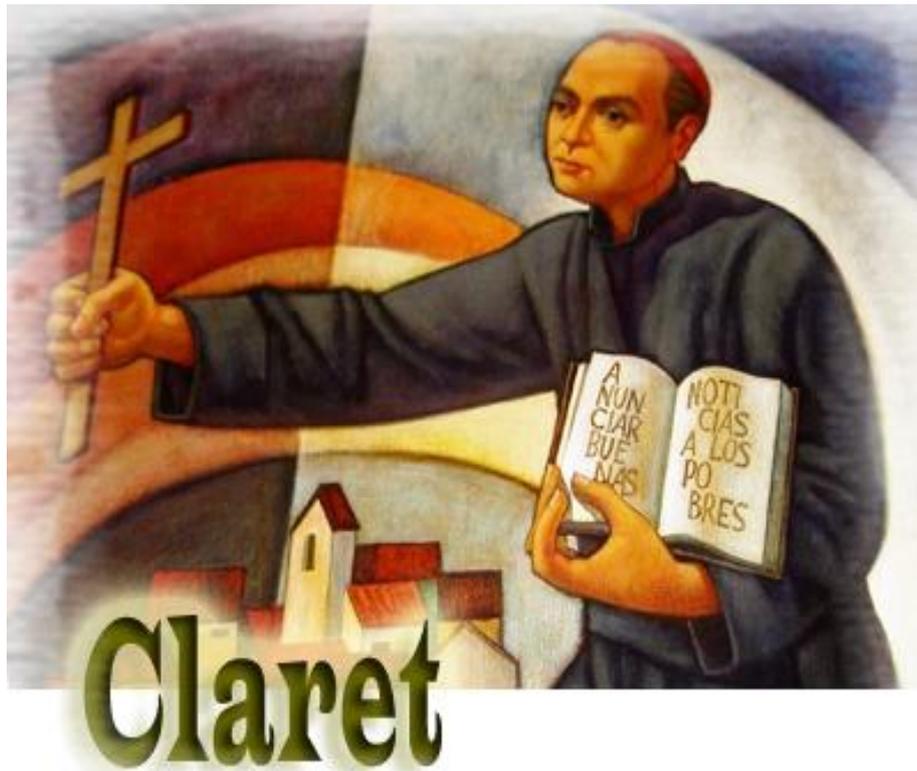
Reparte tus siete dones,  
según la fe de tus siervos;  
por tu bondad y tu gracia,  
dale al esfuerzo su mérito;  
salva al que busca salvarse  
y danos tu gozo eterno.

Te lo pedimos por intercesión de María,  
la Mujer Nueva  
y llena del Espíritu Santo.

Amén.



## II CAPÍTULO PROVINCIAL



Señor y Dios nuestro,  
que elegiste a la siempre Virgen María  
como Madre de tu Hijo y Madre nuestra;  
haz que, por la fiel entrega a su Corazón materno,  
nos configuremos más plenamente con Cristo  
y cooperemos con su oficio maternal  
en la misión apostólica.  
Por Jesucristo nuestro Señor.  
Amén.

**MISIONEROS CLARETIANOS  
PROVINCIA DE SANTIAGO**